# LA MUERTE DE ALEC

DARÍO JARAMILLO

# LA MUERTE DE ALEC

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA




Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*Primera edición: julio de 2013*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *El paso de la laguna Estigia* (detalle), Joachim Patinir, (Museo del Prado)

© Darío Jaramillo, 2013
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2013
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-15576-59-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-1392-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

Hay quienes estudian y glosan astrológicos almanaques y atribuyen autoridad a las cosas en ellos contenidas. Cierto es que contendrán verdad y mentiras, porque *qui est enim qui, totum diez jaculans, non aliquando collinet* ("tirando todo el día, ¿no se acertará alguna vez?", Cicerón, *De div.,* II, 59). Pero no los estimo más por verlos acertar en ocasiones. Más certeza habría si existiese regla y verdad en mentir siempre, ya que nadie lleva cuentas de sus yerros, que son ordinarios e infinitos y, en cambio, hace valer sus adivinaciones raras, prodigiosas e increíbles.

Diágoras, apodado el Ateo, estando en Samotracia, fue interpelado así por quien le mostraba en el templo muchos exvotos y cuadros de quienes se habían librado de naufragios: "Tú piensas que los dioses no se ocupan en las cosas humanas, ¿qué dices de tantos hombres salvados por gracia divina?". A lo que respondió Diágoras: "No están pintados aquí los que se ahogaron, y son en número mucho mayor".

MONTAIGNE

# 1

La vida no tiene argumento. Siempre he creído esto, que leí en alguna parte, tal vez en Cioran: que los acontecimientos de la vida se presentan en desorden, imprevistos; que eso que llamamos destino, cuando así lo llamamos, nos aterra más por misterioso que por inexorable.

En la literatura, por el contrario, todo suele ocurrir ordenadamente. Las historias tienen principio y fin. Los hechos se anudan y desenlazan con una armonía y un ritmo que la vida misma envidiaría, y las piezas del rompecabezas están totalmente armadas cuando se llega a la última página.

Pero de repente, como por casualidad, el acontecer cotidiano abandona su desorden vulgar y se desenvuelve con una simetría aterradora por su exactitud y por su artificiosa fidelidad a la literatura.

Esto fue lo que ocurrió con la muerte de Alec, y de tal manera, que no podía eludir la tentación de escribirlo. Y aunque yo fui testigo y de algún modo protagonista, de la única manera que podía escribirlo era dirigiéndome a ti, como en una carta, pues eres tú, más que nadie, casi a tu pesar, el dueño de esta historia.

Perdona que me haya apoderado de ella, que haya inventado ciertos escenarios que no alteran la verdad macabra del cuento y perdona, finalmente, que haya violado un tabú con el cual hemos convivido seis, casi siete años, al atreverme a afrontar un tema que jamás hemos tocado.

## 2

Nunca hemos hablado de la muerte de Alec. A pesar de ser la ocasión en que has tenido la muerte más de cerca y a pesar de que estuvo rodeada de presagios, apenas cuando ocurrió, y eso que solamente para dar la información, hablamos de la muerte de Alec.

Cuando indago la razón de este silencio, la más superficial, la más reconfortante (y, por esto, la más lánguida), me digo con un blando optimismo que nuestra amistad es esencialmente locuaz, pero que vivimos más vorazmente de lo que hablamos, y nuestras conversaciones y cartas, no por eso sembradas de silencios, de esos silencios largos con los que dos amigos simplemente se acompañan, no alcanzan a devorar el jugoso fruto de nuestras experiencias recíprocas, y que en estos años de diálogos y monólogos alternados, nuestra comunicación oral y escrita no ha logrado agotar los temas. Aquí, precisamente, tendría que decirse que la amistad es, ante todo, un antídoto contra el aburrimiento y que el secreto de la vitalidad de una relación radica en que uno no pueda prever las reacciones del otro, ni se sepa de memoria sus temas.

Con la muy escueta razón anterior, aislada, acaso esté dando la imagen, maquillada y perfecta, de un intercambio total, sin tapujos, de todo aquello que nos interesa o nos sacude a cada uno. Y aunque la imagen es cierta, de esa manera más áspera que romántica como estas cosas son ciertas,

también es verdad que en toda amistad aparecen con el tiempo temas vedados.

Si con algún maniqueo absolutismo pudiera decirse que esto no debería ser así en una hermandad por elección, teniendo en cuenta que el tema vedado puede connotar la intención canalla de ocultar una traición o una llaga moral, de hecho la más fraterna amistad exige evitarle al otro un dolor inútil, un recuerdo punzante. He aquí el límite de una amistad ilímite, ese cálido y hondo respeto que es la forma más noble del afecto. Estabas con Alec cuando murió. Las cosas ocurrieron de tal manera, que cuando se volcó el bote (hoy lo escribo mientras toco madera), bien podrías haber sido tú, y no él, la víctima de la corriente del río. Si habías vivido todos los presagios de la desaparición de Alec, ordenados como una cadena de fuerzas misteriosas, como una serie de anuncios, también te correspondieron los agrios deberes de llamar a la policía, de informar a la familia y de recoger sus cosas. Así que mencionar la muerte de Alec era desatar en tu memoria una película macabra.

Por otra parte está, por supuesto, el sentimiento de culpa, que a veces nos prohíbe mencionar algunos temas. Y en los incidentes que rodearon la muerte de Alec, yo cargo, aún ahora, con una extraña culpa, no tan brutal ni tan simple como la que carga el agente directo –esa culpa matemáticamente proporcional al grado de participación–, sino la rabiosa culpa de quien ha sido un mero instrumento. La culpa impotente de aquel a quien, a pesar de no poder discernírsele responsabilidad en los hechos, éstos le pesan como debe pesarle a Dios la carga de la creación de los hombres. Como si yo, al protagonizar el único acontecimiento que tú ignoras de todo esto, hubiera determinado lo que iba a ocurrir cuando, manipulado por una fuerza superior y ajena, señalé a Alec en una premonitoria ruleta de la muerte.

Acaso este incidente, que por un momento me transforma de testigo en protagonista, sea lo que me impulsa a realizar el exorcismo de escribir la historia completa. Me debo el trago amargo de contarte de qué modo estoy involucrado en aquella cadena fatal de augurios.

Si hasta hoy he evitado hablarte o escribirte sobre la muerte de Alec, recíprocamente tampoco tú te has referido nunca a ella. Por eso es tanta mi ignorancia acerca de Alec. Tan explícitamente, aun sin nombrarlo, hemos evitado referirnos a él, que ni siquiera sé la ortografía exacta de su nombre: Alec, Alex, Alexander. Lo llamaré Alec en este intento de dejar por escrito las extrañas coincidencias, las premoniciones y los signos fatales que marcaron (¿que determinaron?) su muerte.

Este silencio en que hemos incurrido a lo largo de seis años, también ha sido engendrado por el miedo. De tal manera se presentaron los augurios, tan ordenadamente se armó el rompecabezas de premoniciones, que acaso los dos hemos tenido miedo de que, al mencionarla, volvamos a desatar de nuevo los escalofriantes mecanismos que culminaron con la desaparición de Alec en las aguas de un río enfurecido.